

raza valiente y guerrera, que habitaba todo el país de Tula al Poniente, donde aun se conserva su lengua. Estas alianzas eran de suma importancia para Cortés, no solo por el aumento del ejército auxiliar, sino tambien porque así quedaban libres de toda hostilidad las fuerzas que acampaban en Coyohuacan (1).

La fortuna sonreia al favorecido general español. Todas las naciones y señoríos de Anáhuac se unian á sus banderas para derrocar el imperio azteca que les habia dominado y tomar sangrienta venganza. Para perfeccionar el sitio, no le faltaba mas á Hernan Cortés, que impedir los socorros de víveres y agua que se introducian por el lago en la ciudad. Con el objeto de privar á la capital hasta del mas mínimo recurso exterior, envió tres bergantines á cada uno de los otros dos campamentos, situados en Tacuba y Tepeyacac, quedándose él con seis, pues uno de los barcos se habia dejado sin gente, por haber salido, como queda dicho, un poco pesado. Los bergantines enviados á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, debian cruzar constantemente la parte de la laguna que se extendia entre los dos expresados campamentos, procurando capturar todas las canoas que se dirigiesen con víveres á la capital. Cuando cualquiera de los dos jefes quisiese disponer de los barcos para alguna operacion militar, los marineros y soldados debian obedecerles, pues estaban á las órdenes de ellos.

Distribuidos los bergantines de la manera que queda referido, y contando el general español con ciento sesenta

(1) «Y holgué mucho de su venida, porque si algun daño podian recibir los de Coyoacan, era de aquéllos.»—Tercera carta de Cortés.

mil aliados, pues habian enviado los xochimilcos y otomites una fuerza de veinte mil guerreros, dispuso dar otro asalto general á la ciudad. Puesto de acuerdo con Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, se convino en que el ataque se efectuaría por los mismos puntos que el anterior y de igual manera.

Llegado el dia señalado para el asalto, el ejército, despues de oir misa, se puso en marcha hácia los puntos de ataque. Las divisiones iban en el mismo órden observado en el asalto anterior; en la vanguardia la infantería española, con los arcabuceros y ballesteros en primera fila; seguian los jinetes; en la retaguardia iba el numeroso ejército aliado, y á los lados de la calzada los bergantines.

Hernan Cortés avanzó por la calzada de Iztapalapan, cuyas cortaduras habia cegado pocos dias antes, con el fin de facilitar el segundo asalto; pero bien pronto se vió detenido en su marcha. Los fosos, los puentes y las zanjas, estaban abiertos de nuevo; se habian levantado gruesos parapetos en el opuesto lado, y estaban defendidos por numerosos escuadrones. Sin embargo, las cortaduras no podian ser ya obstáculo peligroso para los españoles: eran dueños de la laguna, y podian seguir su marcha sin mas contratiempo que la detencion de algunos momentos. Los bergantines avanzaron por uno y otro lado de la calzada, y cogiendo por los flancos á los mejicanos, descargaron sobre ellos un fuego de artillería y de arcabuz que les obligó á abandonar la fortificacion. Así fueron tomadas todas las demás zanjas, puentes y trincheras, hasta llegar á la calle de Iztapalapan, hoy del Rastro.

Aunque los mejicanos se presentaban á defender palmo



á palmo el terreno, luchando con extraordinario valor, no podían oponer la resistencia que en el anterior ataque. Hernán Cortés había incendiado en su primer asalto los edificios de aquella calle para evitar que le ofendiesen de las azoteas; y como las casas se encontraban reducidas á escombros, los aztecas no contaban allí para defenderse mas que con las trincheras que habían levantado. Desalojados de todas partes y arrojados de la plaza y del templo que en ella se ostentaba, el general español dió orden á sus soldados de que no pasasen adelante, hasta no dejar cegados todos los puentes y zanjas ganados. Diez mil aliados ocupó en la obra de cubrir con adobes y piedra las cortaduras, dejando plana la calle para que pudiese correr sin peligro la caballería (1). Entretanto que una parte de las tropas auxiliares se ocupaban en allanar los pasos difíciles, los españoles y las demás fuerzas aliadas atacaban los edificios inmediatos á la plaza, desde donde los mejicanos se defendían bizarramente.

La tenaz resistencia y el daño que los soldados castellanos recibían de las azoteas, le hicieron comprender á Hernán Cortés que no había esperanza de ningún arreglo de paz. Vió que los sitiados estaban resueltos á hacer una guerra de exterminio, y creyó, como él dice, que no le quedaba otro medio para aterrarlos, «que el de destruir los mas notables edificios; aquellos en que cifraban su orgullo y su gloria, pues le forzaban á ello, cosa que le causaba profundo sentimiento y le pesaba en el alma» (2).

(1) «Andaba cegando con piedra y adobes toda el agua, que era tanto de hacer, que aunque para ello ayudaban mas de diez mil indios, etc.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y la otra, que daban ocasion y nos forzaban á que totalmente les des-

Los principales palacios se ostentaban precisamente al redor de la ancha plaza, hasta donde las tropas castellanas habían llegado en su avance. A pocos pasos se levantaba majestuoso el palacio de Axayacatl, donde habían tenido los españoles sus cuarteles hasta que fueron arrojados de la ciudad. Aquel palacio tenía gratos recuerdos de felicidad, á la vez que tristes memorias de amargura para los soldados de Cortés. Allí habían sido regalados por Moctezuma y obsequiados por la grandeza mejicana la vez primera que bajaron al valle: allí habían descubierto los tesoros del monarca azteca; los habían recibido despues como un regalo digno de su magnificencia, y los habían repartido; pero allí fueron también, pasado algún tiempo, los asaltos, los combates, el asedio, el hambre; y allí, por último, donde se vieron precisados á dejar abandonados los mismos tesoros que constituían su escasa fortuna. Los soldados españoles se lanzaron sobre el grandioso edificio, y desalojando á los que le defendían, penetraron en él, con teas encendidas, poniéndole fuego en todas direcciones. Aunque las paredes exteriores estaban hechas de piedra de tezontle (amigdalóide porosa), los adornos del interior, los techos, los torreones y los adornos eran de madera. Pronto, por lo mismo, prendió el fuego en las habitaciones, convirtiéndose el palacio en una inmensa hoguera, cuyas llamas, elevándose á una altura prodigiosa, extendían su siniestra luz

truyésemos. Y desta postrera tenía mas sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma tenía para les atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacia sino quemalles y derrocalles las torres de sus idólos y sus casas.»—Tercera carta de Cortés.



sobre las calles inmediatas, envolviéndolas en una atmósfera abrasadora. El elemento devorador, cebándose en el aromático maderámen que formaba la bella techumbre de las espaciosas habitaciones, habia convertido los salones en otros tantos hornos que iban cubriéndose de ceniza á medida que los inflamados techos caian desplomados con ruido espantoso. La regia mansion levantada por el valiente Axayacatl, padre de Moctezuma, en la época mas floreciente del imperio; la notable morada construida con todas las comodidades que tenian las suntuosas habitaciones de los emperadores aztecas, y que, mas tarde, destinó Moctezuma para retirarse á sus ejercicios religiosos, permaneciendo así hasta que sirvió de alojamiento á Hernan Cortés, desaparecia en aquellos instantes, quedando el vasto edificio reducido á escombros y ceniza. Las ruinas de ese extenso palacio, notable por su capacidad, fueron reconocidas casi á mediados del presente siglo, al abrirse los cimientos de algunos edificios construidos en la acera que mira al sur de la calle de Santa Teresa, pertenecientes al convento de la Concepcion.

Al mismo tiempo que las llamas devoraban el palacio de Axayacatl, se repetia igual escena con el vasto edificio de recreo que pertenecia á la familia de Moctezuma, destinado á las aves mas raras y exquisitas por su brillante plumaje. Se hallaba situado, como ya tengo referido, en la calle del Empedradillo, torciendo por la de Plateros y Tacuba, hasta San José el Real. Aunque menos sólido este edificio, era mas elegante y esbelto que los otros. En él se veian en inmensas pajareras de madera, perfectamente labradas, las diversas aves que pueblan los espesos bos-

ques, las selvas y los prados de las regiones de Anáhuac, desde el diminuto colibrí, de matizados colores, hasta el águila real, de altiva cabeza y mirada penetrante. Era un palacio de recreo, mas gracioso que sólido, como correspondia al objeto para que se habia destinado, y que evidenciaba el refinamiento y gusto de los monarcas aztecas. El fuego, encontrando abundante combustible por donde quiera que se aplicaba la incendiaria tea, envolvió en breves instantes el edificio entre abrasadoras llamas. Los multiplicados peces que, en espaciosos estanques, construidos en los patios y en los jardines, cruzaban el agua, corrían desalados en todas direcciones, asustados por la roja hoguera que reflejaba en las ondas, cayendo sobre ellos de vez en cuando algun pedazo de madera incendiado desprendido de los miradores. Las canoras aves, agitando sus pintadas alas, buscaban inquietas la manera de salir de la mansion en que estaban encerradas, para librarse del elemento destructor, elevando el vuelo á la region del aire. ¡Inútil afan! Mas desgraciadas ellas que los peces, cayeron abrasadas, sin haber podido cruzar la bóveda de fuego que llegó á cubrirlas.

Mucho sentia el general español, segun él mismo repite, destruir aquellos palacios, cuya grandeza elogia; pero juzgaba que era preciso hacerlo para obligar á los sitiados á pedir la paz. Quería hacerles sensibles los males que sufrían, y nada, con efecto, les causaba mas profunda pena que ver destruidos aquellos edificios que formaban su orgullo y el mas notable ornato de la grandiosa capital (1).

(1) «E porque lo sintiesen mas, este dia hice poner fuego á estas casas grandes de la plaza, donde la otra vez que nos echaron de la ciudad, los espa-



Profunda era la pena que los mejicanos sentian al ver convertirse en cenizas y escombros los palacios de sus mayores; pero aun les era mas sensible ver á los xochimilcos y á los habitantes de otros pueblos, que hasta entonces habian sido vasallos del imperio, dirigirles insultos y amenazas, manifestándose inexorables con los prisioneros aztecas que cogian. Allí veian á sus antiguos aliados los texcocanos, acaudillados por el jóven general Cárlos Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, convertidos en sus mas implacables enemigos, llevando la desolacion y el espanto por todas partes. Al lado de sus antiguos amigos, veian á los bravos tlaxcaltecas, sus capitales enemigos, mostrándoles las piernas y los brazos de los mejicanos que habian matado, diciéndoles que aquella noche los comerian bien condimentados en la cena, como realmente lo hicieron (1).

Los mejicanos, aunque desalojados de todas partes, volvian á la lucha, penetrando muchas veces hasta la plaza, trabando sangrientos combates con los aliados. En uno de esos combates, el esforzado general texcocano y el que acaudillaba las tropas mejicanas, se encontraron en me-

ñoles y yo estábamos aposentados; que eran tan grandes, que un príncipe con mas de seiscientas personas de su casa y servicio se podia aposentar en ellas; y otras que estaban junto á ellas, que aunque algo menores eran muy mas frescas y gentiles, y tenia en ellas Mutezuma todos los linajes de aves que en estas partes habia; y aunque á mi me pesó mucho de ello, porque á ellos les pesaba mucho mas, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y tambien los otros sus aliados de las ciudades de la laguna.»—Tercera carta de Cortés.

(1) «Los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habian de comer aquella noche y almorzar otro dia, como de hecho lo hacian.»—Tercera carta de Cortés.

dio de la pelea. Ambos se lanzaron el uno sobre el otro, rivalizando en valor y en destreza; pero al fin el jóven Ixtlilxochitl, descargando su formidable maza ó *maquahuitl* sobre la cabeza de su intrépido contrario, le dejó sin vida á sus piés. Los mejicanos, al ver muerto á su general, se retiraron á los edificios de las calles inmediatas, perseguidos hasta el extremo de la plaza por sus contrarios que tenian orden de no pasar de allí. Colocados en las azoteas y disparando una granizada de piedras y de flechas, dirigian al general texcocano denigrantes epítetos y terribles insultos. Llamábanle traidor á su patria y á sus deudos, pretendiendo que combatia contra la opinion de sus compatriotas; pero como la nacion entera se hallaba dispuesta á combatir contra los mejicanos, el bravo Ixtlilxochitl, sin hacer caso de los denuestos arrancados por el despecho, continuaba acosándoles sin descanso.

Cuando el incendio habia devorado los vastos edificios que embellecian el centro de la capital azteca, Hernan Cortés, viendo que se acercaba la noche, dispuso la vuelta al campamento. La jornada habia sido de penosa fatiga para los españoles y los aliados; pero al mismo tiempo de notables ventajas, pues habian logrado vencer á sus contrarios y dejar cegadas todas las zanjas, nivelándolas perfectamente con la calle.

Colocados los numerosos escuadrones aliados en la vanguardia, la infantería española en el centro y la caballería en la retaguardia, se emprendió el movimiento de retroceso hácia los cuarteles.

Los mejicanos, viendo entonces el momento oportuno de ofender á sus contrarios, se arrojaron sobre ellos con



furia inaudita, descargando una tempestad de armas arrojadas; pero acometidos por la caballería, que podia correr libremente por la calle, se veian precisados á retirarse, dejando algunos muertos. Sin embargo, tenaces en su resolucion de hostilizar al enemigo, volvian con mayor ira á picar la retaguardia, sufriendo iguales descalabros, pero sin desistir jamás de su empeño.

Enfurecidos contra los aliados, les dirigian todo linaje de insultos, especialmente el de cobardes, que era el mas ofensivo entre aquellas naciones. La contestacion de los provocados era enseñarles los brazos y piernas de los que habian vencido; repitiendo que iban á servirles de exquisito manjar, y que al siguiente dia volverian para llevarse mayor número, pues seria mas completa la victoria.

Era casi de noche cuando Hernan Cortés llegó á su campamento de Xoloc, para descansar de las fatigas sufridas en el dia.

Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval lograron notables ventajas por las calzadas de Tepeyacac y de Tacuba, retirándose á sus cuarteles despues de la victoria.

Al amanecer del siguiente dia, con el objeto de llegar al centro de la ciudad antes de que los mejicanos pudiesen abrir los fosos cegados, salió de sus cuarteles el general español, al frente de sus tropas, en el mismo orden que en el ataque anterior. La tropa emprendió su marcha á paso redoblado; pero á pesar de la rapidez con que anduvo, no consiguió evitar lo que temia. Los mejicanos, con su actividad asombrosa y á fuerza de gente, habian vuelto á descegar los puentes y á levantar fuertes trincheras para impedir el paso. Los españoles se vieron precisados á

entrar en combate para recobrar los puntos que habian ganado el dia anterior. La lucha empeñada entre mejicanos y españoles fué tenaz. Los aztecas se batian con un valor extraordinario. El combate habia empezado á las ocho de la mañana y aun no terminaba á la una de la tarde. Hernan Cortés hizo entonces un esfuerzo extraordinario, y animando á su tropa, se arrojó sobre sus bravos enemigos obligándoles á emprender la fuga.

Dueños los sitiadores de la plaza, el caudillo español se dirigió hácia la calle de Tacuba. Su anhelo era ponerse en libre comunicacion con Pedro de Alvarado, que tenia á su cargo el ataque de la calzada del mismo nombre. Varios puentes habia cortados y defendidos por espesas trincheras. Hernan Cortés emprendió el asalto y se apoderó de dos, despues de un reñido combate. Era ya avanzada la tarde cuando terminó la lucha. El general castellano, precisado á volver á su campamento antes de que se ocultase el sol, emprendió el movimiento de retroceso, molesto en la retaguardia, como de costumbre, por numerosos escuadrones mejicanos.

La conviccion de que al siguiente dia encontraria abiertas las zanjas que, con excesivo trabajo, se habian cegado, le atormentaba. En cada uno de los asaltos tropezaba con las terribles dificultades que en los anteriores, y tenia que empezar la obra que habia dejado terminada. Sin duda que llamará la atencion ver que no tomaba una medida que remediase el mal que lamentaba, y que prolongaria notablemente el sitio; pero en su carta tercera á Carlos V explica los motivos que le impedian obrar de otra manera. Dice que para conservar lo ganado, hubiera sido preciso,